Domingo 4 de febrero de 1996
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 5,13-16

Brille vuestra luz ante los hombres

El Evangelio de hoy es breve. Muchos lo conocemos de memoria y a menudo lo citamos. ¿Quién no ha oído alguna vez las palabras de Cristo que siguen inmediatamente a las bienaventuranzas: "Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo"? Pero, a fuerza de oírlas y repetirlas, han perdido en nosotros su inmenso poder de interpelación. Las oímos y nos quedamos muy tranquilos, en lugar de sumirnos en un profundo examen de conciencia y preguntarnos si no seremos a los ojos de Cristo como "la sal que se ha desvirtuado" o como una lámpara que "brilla dentro de un cajón".

Las dos afirmaciones de Jesús acerca de sus discípulos no son una alabanza ni una mera descripción de lo que ellos son; son más bien exhortación a una misión. Son expresión del "deber ser" de los "cristianos". Siendo parte del Sermón de la Montaña, esas palabras están dirigidas a sus discípulos. En efecto, en la introducción del Sermón dice: "Jesús se sentó y sus discípulos se le acercaron; y tomando la palabra, les enseñaba diciendo..." (Mt 5,1). No ignora Jesús que los discípulos pueden ser infieles a esa misión y en lugar de ser la "sal de la tierra" y de sazonarlo todo, pueden desvirtuarse; y que en lugar de ser la "lámpara que alumbre a todos los que están en la casa", se queden encerrados debajo de un cajón. Pero en estos casos no deja Jesús de expresar un severo juicio: "La sal que se ha desvirtuado ya no sirve para nada más que para ser arrojada fuera y pisoteada por los hombres". El caso del que enciende una lámpara para luego esconderla es suficientemente absurdo para merecer otro juicio.

Pero no todos los discípulos del Señor fueron infieles. Entre sus oyentes estaban los apóstoles, que fueron sal de potente sabor y antorchas que alumbraron el mundo. Por su estructura, por su estilo, por su forma didáctica y fácil de memorizar, estas frases son consideradas como "mismísimas palabras de Jesús". Tenemos, por tanto, aquí una "profecía", de esas que consisten en "ver el futuro" y anunciarlo. Si consideramos que estas palabras fueron pronunciadas por Jesús cuando sus discípulos constituían un minúsculo grupo, debemos concluir que, llamando a sus discípulos "sal de la tierra", Jesús vio hace veinte siglos el desarrollo de la fe cristiana en el mundo y la inmensa influencia que ha tenido sobre la cultura, y así lo anunció. En efecto, lo propio de la sal es que siendo una cantidad mínima penetra y sazona todo.

La segunda de estas imágenes contiene una completa explicación de la doctrina de la gracia divina. En otra ocasión Jesús había afirmado: "Yo soy la luz del mundo" (Jn

8,12). Y aquí, con idénticas palabras, dice de sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo". Los discípulos son luz ellos mismos; de lo contrario, habría que decir que la frase de Cristo es falsa. Pero lo son por participación de la Luz verdadera. Para más claridad Jesús agrega: "Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". No sólo afirma Jesús que la luz de los discípulos es propia de ellos -"vuestra luz"- sino que los exhorta a que ella "brille delante de los hombres". Y esa luz brilla mediante las "buenas obras" que ellos han de hacer. Jesús no vacila en decir: "vuestras buenas obras". No se entiende cómo pudo Lutero afirmar que "en toda obra buena el justo peca". De esta manera Lutero y la tradición protestante que él originó contradicen directamente a Cristo y lo hacen ¡recomendar el pecado! Cristo nos exhorta a hacer buenas obras y asegura que esas obras, lejos de ser pecado, procuran la gloria de nuestro Padre que está en los cielos. Es que siendo verdaderamente nuestras y buenas y, por tanto, meritorias, esas obras son un don de la gracia.

Una excelente explicación de esta doctrina la tenemos en la magnífica respuesta que dio San Francisco de Asís a fray Maseo cuando éste le preguntó: "¿Por qué todo el mundo se va detrás de ti y toda persona parece que desea verte, oírte y obedecerte. Tú no eres un hombre bello, ni de grande ciencia ni noble. ¿De dónde entonces que todo el mundo se vaya detrás de ti?". San Francisco, después de estar un largo rato con el rostro vuelto hacia el cielo, respondió: "¿Quieres saber por qué todo el mundo se viene detrás de mí? Porque los ojos de aquel santísimo Dios no han visto entre los pecadores ninguno más vil, ni más incapaz ni más gran pecador que yo; y para hacer aquella obra maravillosa que El desea hacer, no ha encontrado otra criatura más vil sobre la tierra; y por eso me ha elegido a mí, para confundir la nobleza, la grandeza, el poder, la belleza y la sabiduría del mundo, de manera que se sepa que toda virtud y todo bien viene de El y no de la criatura, y ninguna criatura pueda gloriarse ante El, sino que quien se gloría se gloríe en el Señor, a quien es todo honor y gloria por la eternidad" (Florecillas).

La gloria de Dios resalta nítidamente cuando él hace pasar al hombre de muerto a vivo, cuando de pecador lo hace justo, y de ser tinieblas lo hace luz que brilla ante los hombres por sus buenas obras. San Francisco de Asís y todos los santos nos ofrecen un ejemplo vivo de estas sentencias de Jesús.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción